

UN PROYECTO UTOPICO: LA CONQUISTA DE CHINA POR ESPAÑA

“Los europeos no pueden discutir en estas cosas, porque les falta el conocimiento y praxis de ellas”.

Domingo Fernández de Navarrete, O. P.
Tratados históricos, políticos, éticos y religiosos de la monarquía de China.

(continuación)

El ataque de Li Ma-hong y sus consecuencias

Un suceso inesperado estuvo a punto de acabar con el dominio español en las Filipinas. Un temible pirata, Li Ma-hong, que tenía su base de aprovisionamiento en una isla cercana a China, sorprendió a un navío de sangleyes. Por ellos supo la existencia de castellanos ricos en oro (para aquellos comerciantes lo eran) y concibió la idea de atacar lo que él suponía una factoría de bárbaros. Se detuvo varios días en la provincia de Ilocos,

“de la cual se intitulaba rey, y lo tenía puesto en títulos sobre la puerta de su casa, haciendo este corsario cruel muchas crueldades y ceremonias de ser adorado”³⁶.

En los últimos días de noviembre de 1574 desembarcó en las playas de la bahía de Manila con lo mejor de su magnífico ejército, bien nutrido de japoneses. La furiosa y desesperada defensa de la ciudad, y posiblemente la mejor técnica de los españoles, contrarrestó la tremenda diferencia numérica. El pirata fue puesto en fuga y cercado. Tan cierta era su captura que las autoridades de Manila pensaron obtener beneficios de ella aun antes de haberla consumado. La presencia en Manila de unos capitanes chinos, que enterados de la derrota del pirata vinieron a negociar con los españoles su entrega, fue una excelente razón para el envío al continente de la primera embajada española (constituida, como sabemos, por Rada, Marín, Luarca y Sarmiento), curiosa

³⁶ F.D. 11.

³⁷ Pastells, “Historia General de Filipinas”, tomo II, pág. 22.

³⁸ F.D. 27.

mezcla de fines evangelizadores y comerciales. Li Ma-hong, emperro, supo hacer en su encierro lo que no había podido llevar a cabo en campo abierto, y abrió un canal por el que burló una noche con sus navíos, también construídos durante el cerco, la vigilancia de los españoles³⁹.



En 1575 Guido de Lavezaris remitía a la corte este bello mapa de China que le habían llevado los sangleyes. Iba acompañado de un documento titulado "Relación de lo que se contiene en la carta de molde de los chinos que se envía a Su Majestad" (Archivo General de Indias, Filipinas 6, ramo 1, número 24 bis). Del detenido análisis del documento se desprende que es una reedición, hecha en 1522, de un mapa de 1452. A pesar de sus considerables errores geográficos, posee una extraña belleza.

³⁹ Para una descripción de los hechos véase, entre otros, F.D. 19, F.D. 22 y F.D. 24.

Los castellanos emprendieron inútilmente su persecución para mantener su fama de invencibles, para evitar rebeliones, y para buscar la amistad de la corte de Pekín, muy interesada en la captura del pirata. Rada y sus compañeros, muy bien recibidos al principio, se vieron en graves dificultades cuando llegaron al país noticias de que Li Ma-hong, aunque muy mermado en sus fuerzas, proseguía sus correrías por la costa.

En 1575, el padre Herrera actuaba en Madrid con el fin de conseguir el apoyo necesario para la entrada en China. Felipe II dispuso el envío de un presente para el Emperador y se encargó de los preparativos al propio padre Herrera. El navío que transportaba a la misión diplomática se estrelló en la costa de Catanduanes en 1576, pereciendo el padre Herrera y sus compañeros⁴⁰. En vista de ello los agustinos enviaron a Madrid al padre Ortega para que volviese a preparar la embajada. El asunto, sin embargo, no se resolvió con la rapidez deseada, y fray Ortega partió para la Nueva España. Pocos años después, y hallándose en Méjico la embajada definitiva, encabezada esta vez por fray Juan González de Mendoza, fueron tantas las dificultades que hubo que vencer, que Felipe II ordenaba al Virrey de Méjico, en 27 de mayo de 1582, la venta de los obsequios destinados al Emperador. Más adelante volveremos sobre este asunto⁴¹.

El Doctor Francisco de Sande, al tomar posesión del mando de las Filipinas, se hace igualmente eco del estado de opinión. El 2 de junio de 1576 escribe al Rey diciendo:

“Humildemente suplico a Vuestra Majestad sea servido de mandarlo ver y proveer como cosa que tanto conviene a su

⁴⁰ Fray Félix García, O.S.A., en su edición de la “Historia de las cosas más notables, ritos...” de González de Mendoza, págs. 139-140, nota, afirma que el padre Herrera partió para España en 1572, “pero a su regreso a Filipinas naufragó cerca de la costa de Catanduanes, siendo asesinado por los indios en unión de otros nueve religiosos”.

De estos sucesos interesa el hecho de que ya desde temprana hora Felipe II era partidario de relaciones amistosas con los indios. El mejor exponente fue la proyectada embajada de Juan González de Mendoza.

⁴¹ La embajada definitiva había partido en 1580. Lo relata Juan González de Mendoza, “Historia de las cosas más notables, ritos...”, Dedicatoria a Don Fernando de Vega y Fonseca, y más por extenso en la primera parte de la obra, libro III, capítulo XXIV. Es muy curiosa la relación de objetos enviada por Felipe II al Emperador de China. Estos obsequios, lujosos desde nuestro punto de vista, habrían sido acogidos con despectiva indiferencia por el Hijo del Cielo, como casi 200 años más tarde se recibió a la embajada de Lord Macartney. Efectivamente, cuando las tropas inglesas incendiaron el Palacio de Verano de Pekín, en 1860, “en un edificio auxiliar anejo a los pabellones imperiales, encontraron las dos calesas que Lord Macartney regaló al emperador Chien Long en 1793, y parecían intactas. Nadie las había usado jamás”, (Emily Hahn, “China ayer”, pág. 163).

servicio. Lo que toca a la jornada de la China es cosa llana y será de poca costa, que sin paga vendrá la gente española armada a su costa y escogida por provincias, y pagarán fletes y serán dichosos. Sólo la costa es de ministros y oficiales para hacer y mandar galeras, artilleros y fundidores y ingenieros, municiones y artillería, y a éstos se les puede acá dar de comer, y la gente suelta y sana y mozos. El Imperio y la gloria mayor que Rey del mundo ha dejado es éste, y el interés que vence a todo, y el servicio de Dios mayor. Yo creo he pintado bien la gente, que es la mejor del mundo para tributarios. Traen guerra con el rey de Tartaria, y si la tuviesen en esta costa es acabado su negocio, y aun el de ambos, con el favor de Dios. Tienen muchos enemigos por este archipiélago, que son más valientes que ellos, que serán de mucho provecho. Suplico a Vuestra Majestad se mande proveer, que es justísimo que de tan justo y grande Rey lleguen sus manos y leyes a dar la vuelta al mundo”⁴².

El ambicioso proyecto de Sande (quien no duda que la empresa prenderá fácilmente el ánimo de los españoles de la metrópoli) llegaba incluso a soñar con la derrota de los tártaros, —mediando, desde luego, el favor de Dios—. Será la única vez que veamos enunciado semejante y descabellado propósito.

Con la misma fecha que la carta que acabamos de reseñar, la ciudad de Manila escribía también al Rey dándole curiosas e interesantes noticias sobre el frustrado ataque de Li Ma-hong a la colonia⁴³. Por esta época ya había regresado la embajada de Martín de Rada. Muy aleccionadoras debieron ser las informaciones transmitidas verbalmente por los miembros de la misión, porque el cabildo afirma:

“Vuestra Majestad está a la puerta de un reino tan grande y poderoso como éste de la China, que cierto pone espanto las cosas que los religiosos cuentan de la grandeza de las ciudades y el gobierno de ellas, donde la real corona de Vuestra Majestad puede ser grandemente aumentada, y a Dios nuestro Señor hacer gran servicio”⁴⁴.

¡Lo que los religiosos cuentan! ¿No es lógico imaginar a la ciudad entera pendiente de las palabras de Rada, Marín y Luarca? China empezaba a ser tema común en las conversaciones de los españoles del archipiélago.

⁴² F.D. 16.

⁴³ F.D. 17. Las trágicas horas vividas por Manila explican esta carta. Dos años después del ataque seguían llegando a Madrid descripciones del mismo, y algo similar ocurrió con el alzamiento de los sangleyes de 1603.

⁴⁴ F.D. 17. Conviene señalar que ya en este momento los españoles manifiestan sin rebozo una mala opinión acerca de los sangleyes, a los que consideran “tan fundados sobre interés” (ibidem).

Sande volvía a insistir pocos días después en el proyecto de conquista, enviando a Felipe II una extensa y magnífica relación⁴⁵, en la que hacía un detallado análisis de los graves momentos que había vivido Manila. Narraba el ataque de los piratas, su derrota y confinamiento en Ilocos, y la novelesca fuga de Li Ma-hong, para pasar a continuación a dar unas noticias, inconexas pero valiosísimas, sobre el Imperio Chino. Sande no había vivido los sucesos que relata; es indudable, por tanto, que para redactar su escrito se valió de cuanta información pudo recoger, no sólo de Rada y sus compañeros, sino de todos aquellos (y no eran pocos) que estaban interesados en las cosas de China. Los últimos epígrafes están dedicados a la conquista.

Los argumentos del gobernador Sande

Inicia su exposición con un argumento, muchas veces repetido en la Historia: hay que atacar al enemigo por sorpresa, antes de que sea demasiado fuerte, y sin darle tiempo para preparar la defensa.

“Aquí me han dicho indios japones y chinos que los portugueses han llevado allá armas, en especial arcabuces como nosotros los usamos, y a mí me vendió un chino un montante portugués, y así les podrían enseñar el uso del artillería gruesa, y mandar los caballos, y otros tan perjudiciales, que como [los portugueses] son mercaderes, no es de maravillar lo hagan. Vuestra Majestad crea que conviene abreviar esta jornada y comenzarla luego, porque a la verdad es la más importante para el servicio de Dios nuestro Señor y de Vuestra Majestad que puede haber, pues cuentan éstos, [los sangleyes] que son millones, y le vale a su Rey treinta millones y más”⁴⁶.

Así aparece, claramente enunciada, la gran razón de la conquista: la rivalidad hispano-portuguesa. Que los mercaderes de Macao veían con malos ojos la proximidad de los españoles era evidente, como también es cierto que hicieron cuanto pudieron por anular la creciente influencia castellana en el Extremo Oriente. Más adelante (capítulo 5.º) veremos cómo el primer obispo de Manila, fray Domingo de Salazar, varió su postura, inicialmente favorable a la conquista, al saber la amarga verdad de la estrategia portuguesa. Pero ahora sigamos al doctor Sande en su exposición.

Si en la carta de 2 de junio se había limitado a exponer al Rey la conveniencia de la conquista, en el documento que analizamos presenta un auténtico programa, que en resumen era el siguiente:

⁴⁵ F.D. 19.

⁴⁶ F.D. 19. Es digno de observarse el desprecio hacia los portugueses.

se precisaban, para llevar a buen término la jornada, de cuatro a seis mil hombres, armados tan sólo de pica y arcabuz, con los navíos, artillería y municiones necesarias. La mitad del ejército tomaría la provincia más conveniente, mientras recorrerían la costa las naos y el resto de la tropa. Todo ello, a juicio de Sande, era muy fácil,

“y en siendo señores de una provincia es hecha la conquista”⁴⁷.

Había, además, una esperanza, aunque poco fundada: que los naturales del país se sublevaran contra los mandarines

“porque son muy maltratados, y son infieles, y por un cabo los buenos tratamientos y la fuerza y religión hará firmes los que se allegaren”.

La madera y la mano de obra necesaria para la construcción de una gran armada de galeras las suministraban las islas Filipinas. Por aquel entonces (y aún mucho después) el dominio español era muy exiguo, y la mayor parte del archipiélago estaba en manos de reyezuelos y de corsarios. Opinaba Sande que se podía canalizar toda esa fuerza dispersa, poniéndola al servicio de una causa elevada. También era posible pedir ayuda a los japoneses

“que son enemigos mortales [de los chinos] e irán todos de buena gana allá; también corsarios naturales se nos juntarán y nos meterán en la tierra”.

El plan era irrealizable, y no explicaba el gobernador de qué forma se desharían de sus aliados una vez concluida la conquista proyectada.

Acabamos de ver cuál era la estrategia de Sande: adueñarse de una provincia para asegurar los puertos, amedrentar a los chinos con alardes de fuerza en la costa, y provocar la apertura de varios frentes con la colaboración de diversos aliados. ¿Cuál hubiera sido la provincia elegida? Aunque Sande no lo dice, podemos pensar que la de Fukien, tanto por ser la más conocida de los españoles, cuanto porque de ella procedían los sangleyes, bien predisuestos hacia los castellanos por el buen trato que recibían en Manila.

⁴⁷ F.D. 19. Roland Mousnier, “Los siglos xvi y xvii...”, capítulo V, señala cómo un médico francés, Bernier, viajero en la India entre 1655 y 1661, pensaba que veinticinco mil de los aguerridos hombres de Turena o Condé “serían suficientes para imponerse... Una vez aguantado el primer choque a pie firme, lo que no sería difícil, [los indios] quedarían aterrados. O bien, como hizo Alejandro, atacando briosamente por un lugar determinado, en el momento en que el enemigo retrocediese, comenzaría la desbandada general”. La tesis, aplicada en este caso a la India, es similar a la de Sande.

España no llegó a formarse una idea clara de la unidad del Imperio. Se pensaba que lo formaban reinos diferentes, cada uno gobernado por un virrey representante del Emperador. Es común la interpretación de las estructuras políticas y administrativas de China a partir de sus similares españolas. Así, por ejemplo, se veía en las diversas unidades provinciales regiones que guardaban entre sí una relación semejante a la que había entre Nueva España y Perú, o Flandes y Nápoles. El ataque a una provincia, por tanto, no entrañaba de manera necesaria la intervención de las provincias cercanas.

Quedaba en pie, finalmente, la cuestión más delicada: la licitud de la guerra. Según Sande, que conocía sin duda el pensamiento del Rey acerca del particular, el problema no ofrecía dudas, ya que la finalidad de la conquista era

“librar personas miserables, que matan y toman hijos ajenos para estupro... Dicen los unos mal de los otros, y casi todos son corsarios en pudiendo, de manera que ninguno guarda fé a su Rey, contra los cuales podría comenzar la guerra”.

¿Contra los corsarios?... Pero, ¿no había afirmado Sande, poco antes, que podían ser valiosos auxiliares de los españoles? El argumento era artificioso: los castellanos pretendían atacar a unos súbditos desleales a su rey para alcanzar el objetivo de derrocar al rey que ellos defendían. Naturalmente que con ello se buscaba tan sólo el motivo para romper las hostilidades, el “casus belli”, porque una vez dentro de China el propio Emperador daría sobradas razones para volverse contra él.

Otro argumento lo constituía el que

“vedan entrar gentes en su tierra, y yo no sé ni he oído maldad que en éstos no haya, porque ellos son idólatras y sodomitas, ladrones y corsarios de mar y tierra, y realmente la mar, que ha de ser libre conforme al derecho de gentes, no lo está de ellos, porque cualquiera que por ellos pasare, si pueden lo matarán y robarán, y así llamé yo un día al capitán Omoncón⁴⁸ diciéndole que quería enviar a China un navío de contratación, y haciendo él confianza me dijo que, la verdad, como amigo [que] era que no enviase aquella galera hasta que enviase otras diez bien aderezadas, porque los chinos eran tan malos que buscarían achaques como la tomasen por robar lo que llevase y hacer esclavos la gente, y así es cosa cierta que aunque se les hagan muy buenas obras nos darán mil ocasiones para guerra justa cada día, y así es mi parecer, siendo Vuestra Majestad de ello servido, y conviene que haya fuerza de gente para que en cualquier accidente nos hallen delanteros”.

⁴⁸ F.D. 19. Omoncón fue el comisionado para llevar a Rada y sus compañeros a China.

Una vez razonada, aunque en forma tan absurda, la conquista y la legitimidad de la empresa, Sande esgrimía otro argumento más sensato: la proximidad de China a las Filipinas era una amenaza, como había quedado demostrado en 1574 con el ataque de Li Ma-hong, y como volvería a ponerse de relieve poco menos de cien años más tarde al planear otro pirata, Koxinga, una nueva invasión que truncó su muerte. En cinco días se podía ir de China a las Filipinas, y en dos si se navegaba en barcos españoles. Sande, por ello, alegaba el argumento de la defensa propia:

“será bien prevenir al que sé que si puede me ha de matar y que busca ocasión para ello”.

El propio gobernador se ofrecía para la conquista, como también, después de él, se ofrecieron otros muchos:

“La deseo tanto que no lo sé encarecer”.

Y temiendo, acertadamente, que por esta razón se le daría menos crédito, ya que parecían guiarle móviles de ambición personal, añadía que si la corona creía conveniente no encargarle la empresa, renunciaría a ella de buen grado con tal de verla realizada. Su única recompensa, en tal caso, sería haber defendido ante la corte de Madrid un negocio que en tanta medida contribuiría al engrandecimiento de España. Sande, además, se encontraba dispuesto a gastar su patrimonio en la empresa. En contra de la afirmación de otros autores, él creía que el reino mediterráneo, (es decir, las provincias interiores)

“no es tan grande ni se extiende tanto como ellos dicen, que hay siete meses de camino para ir donde está el Rey; por la costa de mar norte-sur tendrá más de quinientas leguas, y es maravilla de Dios ver el número de gente y la atención que tienen a usar sus oficios y grangear sin el tributo ordinario”.

Junto con la carta que reseñamos enviaba el gobernador un mapa chino

“por donde se podrá entender que ellos son tan bárbaros como se ve de los papeles”.

En 1576 aún persistía la idea de que los chinos en nada se diferenciaban de los demás pueblos bárbaros hallados por los españoles en sus correrías por el orbe; pero enviar como muestra un mapa era decir la verdad a medias, ya que la cartografía no alcanzó nunca en China un elevado grado de desarrollo. Sin embargo en otras ramas de la ciencia, China había alcanzado una madurez de la que aún se encontraba muy lejos Europa.

Sande opinaba que

“en rompiendo una batalla es acabado el negocio, porque no hay en todo aquel reino un hombre que tenga cien ducados de renta ni un palmo de tierra, ni que tenga por afrenta que le den doscientos azotes, y son todos venales y acostumbrados a servir a extranjeros”.

La última afirmación es sorprendente: poco conocía Sande la realidad china, pues ignoraba que el súbdito del Hijo del Cielo nunca aceptó de buen grado un dominio procedente del exterior y que gran parte de la xenofobia de la dinastía Ming se debía a reacción contra los mongoles. Con todo, es probable que Sande estuviese informado de que los virreyes procedían siempre de una provincia (y acabamos de ver que para el sentir de los españoles las provincias eran reinos independientes entre sí) diferente de la de su mando. Tal vez a ello aluda la frase que comentamos.

Este era el punto de vista español. Pero ¿cuál era la opinión de los chinos? Es difícil saberlo, pero aun así, podemos vislumbrarla a través de los textos españoles. Por aquellos días había escrito a Sande el Intzuanton —posiblemente de Fukien—, comunicándole que los españoles, unos doscientos hombres según las noticias recibidas en China, debían pagar tributo al Emperador. Los de Manila enviaron un *presente*, —no un *tributo*—, por medio de Omoncón, que había sido el comisionado por los chinos para averiguar el paradero de Li Ma-hong y por aquel entonces estaba en buenas y cordiales relaciones con los castellanos. Pero Omoncón falseó las cartas y se quedó con parte del regalo. Sande no era partidario de enviar obsequios, inclinándose por una embajada de dos frailes, con cartas e instrucciones. Bien pudo verse su postura con ocasión de la embajada de Alfaro y Tordesillas, que en este mismo capítulo estudiaremos. Escapados ambos religiosos de Manila sin permiso del gobernador, no les costó gran esfuerzo alcanzar su perdón. Pero debe pensarse con sobrado fundamento que Sande estaba firmemente convencido de que China era terreno poco abonado para la semilla del Evangelio. Siendo como era acérrimo defensor de la conquista por medio de las armas, hay razones para creer que con el envío de religiosos, cuya expulsión, —si no encarcelamiento o acaso muerte—, daba por descontada (y más aun tras de haberse enfriado las relaciones a raíz de la fuga de Li Ma-hong) buscaba un motivo de justa guerra. Las noticias, ciertamente no optimistas, de los franciscanos, le llenaron de gozo, inclinando su ánimo a la benevolencia, para aparecer a los ojos de los españoles, y sobre todo de Felipe II, como campeón de la vía pacífica de la que sólo le apartaba la maldad de los chinos.

España, pues, soñaba con conquistar China, en tanto que China desdeñaba a aquella pequeña guarnición en la que sólo veía tributarios y a la que dispensaba el mismo trato que a las tribus de más allá de la Gran Muralla.

Otra espinosa cuestión era la del título que alegaba España para adueñarse del Imperio. Para Sande era cierto y claro que

“los Malucos y todo lo demás que hay desde Malaca para acá, en que entran Burney y toda la costa de China, Lequios y Japones y Nueva Guinea, es demarcación de Vuestra Majestad, y que los portugueses pasan más de 500 leguas, y exceden en fortificarse, aunque de sus fortificaciones no hay que hacer caso, porque con una cédula nos pasaremos a Maluco con gran facilidad; solamente se atiende a la voluntad de Vuestra Majestad... Este año nos han dicho los chinos que ya no hay portugueses en China, que se recogieron a Malaca por causa de una guerra que les hacía el rey de Achen, y otros que han venido han dicho que tampoco están en Malaca. Yo no los he creído. Solamente creo que tienen por mejor contratación la nuestra, por la plata que viene de Méjico, y oro; de aquí que el negocio de los portugueses va de corsario a corsario”.

Otros testimonios

Tampoco a Juan López de Velasco, Cronista de las Indias, había ofrecido dudas el derecho de los españoles a China:

“Sábese cierto y averiguado por las cartas de cosmografía antiguas y modernas que toda aquella tierra viene a caer y está dentro de la demarcación de los Reyes de Castilla, y así como es perteneciente a ella, aunque hasta ahora no está descubierta ni tomado posesión de ella en nombre de los Reyes de Castilla, se ha hecho la descripción que buenamente se ha podido hacer de ella por la relación de algunos chinos”⁴⁹.

La cuestión del derecho de España quedó pronto resuelta: el 13 de febrero de 1578 el papa Gregorio XIII daba la bula *Icius fulciti praesidio* en la que se decía que China y otras áreas de Oriente caían dentro de la demarcación de Portugal. El 1 de junio de 1579, Juan Bautista Gessio, desconocedor del dictamen pontificio, afirmaba aún el derecho español a aquellas zonas, pero ya era tarde. Cuando supo la verdad, Gessio dio por perdida la causa, aunque siguió luchando tenazmente; pero a partir de entonces los religiosos entraron en la China por la vía de la India-Malaca-Macao, y no por Nueva España-Filipinas. Aunque remoto, era éste el primer paso del desastre misional que se consumaría cien años más tarde.

⁴⁹ J. López de Velasco, “Geografía...”, página 592.

Sorprende la violencia del texto de Sande en contra de Portugal. La competencia entre las dos potencias ibéricas nunca fue tan acusada como en Oriente, donde dio lugar a situaciones de enorme tirantez. Me parece ocioso señalar que en todo momento los intereses espirituales se subordinaron a los puramente económicos.

Por esta época preocupaba a los españoles el conocimiento de las costas del Imperio más cercanas a las Filipinas. Son varios los textos que poseemos con relación a este punto, pero interesa de modo particular la opinión de Miguel de Luarca:

“hay allende de éstos, por la costa, muchos pueblos señalados... He puesto las distancias de las ciudades a la mar, porque si los españoles han de ir a China,, han de ir a esta provincia de Aquian (Fukien) por estar más cómoda y ser de muy buenos puertos”⁵⁰.

López de Velasco también consideraba útil el conocimiento de las costas, por ser más necesario

“para lo que se pueda ofrecer tocante al descubrimiento y entrada de aquellas provincias...; la noticia que de ellas se alcanza al presente (es más útil) que la que se tenía antiguamente, por la sospecha que debe haber de que no era cierta o que con los largos tiempos se habrá mudado”⁵¹.

Sande esgrimía todos los argumentos necesarios para convencer a Felipe II. Uno de los que más podían inclinar el ánimo del Rey era la presencia amenazadora de musulmanes en los países que rodeaban a las Filipinas. Se trataba de un mosaico de pequeños estados gobernados por pequeños reyezuelos, como el de Achen (al que poco antes hemos visto tan turbulento que obligaba, a decir de los chinos, a la retirada de los portugueses de Macao e incluso de sus factorías de Malaca),

“morillo desventurado que anda desnudo y descalzo, se halla tan próximo a Malaca como Berbería del Andalucía”⁵².

Enemigo encarnizado de los portugueses, había recibido para combatirlos la ayuda de 500 ó 600 turcos arcabuceros, con los que mal que bien iba extendiendo su dominio. Se trataba, como podemos suponer, de un reyezuelo dotado de ciertas cualidades militares, pero al que no ayudaron las condiciones políticas del momento.

⁵⁰ F.D. 24.

⁵¹ J. López de Velasco, “Geografía...”, página 594.

⁵² F.D. 19. Ya antes en este mismo documento, había dicho que el rey de Achen era el responsable de la retirada portuguesa de China, noticia que no era cierta.

También eran musulmanes los reyes de Sian y Patan, cuyos reinos distaban 300 leguas de Luzón; o, aún más cercano, el de Borneo, que estaba en tratos con los anteriores. La presencia española en Manila suponía un freno para sus aspiraciones; la expansión del dominio castellano traería aparejada, —graciosa ironía de la historia—, la defensa de los intereses portugueses en Malaca. De todo ello tenía hecha información Sande, pero de momento se limitaba a exponer el peligro del avance turco. El remedio tenía que provenir de la corona de Castilla, pues

“esperar a que los portugueses hagan nada es el mundo enfadado por su pobreza, y casi todos los que acá andan son nacidos en la India e hijos de indias”⁵³.

La creciente extensión del proyecto

El mes de junio de 1576 fue de gran efervescencia en la colonia española de Manila. Han influido considerablemente en las conciencias el ataque y derrota de Li Ma-hong, la presencia en Manila de una embajada china (a la que muy pronto se acusa de disimuladas intenciones de espionaje), y el fracaso de la expedición de Martín de Rada y sus compañeros al continente. El día 8, Guido de Lavezaris escribía al Rey:

“Ya por mi orden fueron a ella [China] los padres fray Martín de Rada y fray Jerónimo Marín con tres o cuatro soldados, los cuales entendieron todo lo que se pudo entender de aquella tierra, que es cosa importantísima para lo que toca a vuestro real servicio, como constará por las relaciones de lo uno y de lo otro que he enviado al Virrey de la Nueva España para que las envíe a Vuestra Majestad. Creo y tengo por muy cierto que si esta armada se provee con gran diligencia de hombres y municiones en cantidad, será cosa fácil que en aquellas partes se señoree y se engrandezca el nombre altísimo de Vuestra Majestad, para que se plante el santo evangelio, y aquellos naturales vengán en verdadero conocimiento de nuestra santa fé católica como lo hicieron los de la provincia de Nueva España y los demás de las Indias. Vuestra Majestad provea en todo el remedio que convenga”⁵⁴.

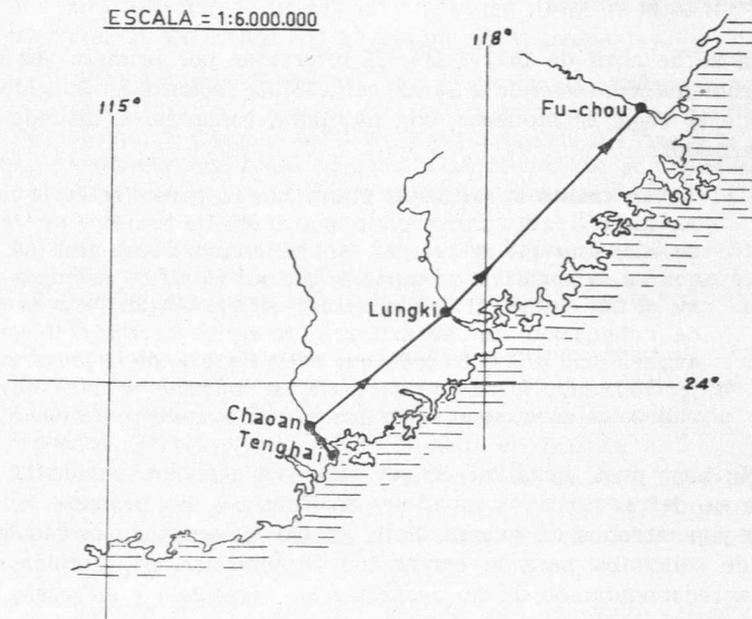
Causa extrañeza que Rada no aluda al proyecto de conquista, siendo agustino y perteneciendo a una facción tan interesada en la evangelización de China. Tal vez debemos ver la razón en el hecho de haber tomado contacto directo con la realidad china, o en que era tan sólo partidario de la intervención pacífica. En su

⁵³ F.D. 19.

⁵⁴ F.D. 22.

carta de 1 de marzo de 1576⁵⁵ habla elogiosamente del recibimiento que a él y sus compañeros de expedición dispensaron los chinos. Llevaba presentes para el gobernador de Chincheo y para el virrey de Hocquien (Fukien), pero en su Relación el religioso no especifica cuáles fueron estos obsequios ni cuándo fueron entregados, acaso porque fueron mal recibidos. La carta que acabamos de mencionar parece de carácter oficial, en tanto que la *Relación de Viaje* adquiere auténtica categoría de diario. Hay algo en ella (sería difícil de especificar) que parece escrito para la posteridad.

Lewis Hanke llama a Rada el Las Casas de Filipinas⁵⁶, pero la comparación es muy poco acertada, y el calificativo más bien correspondería a Salazar. No obstante, parece indicar una postura contraria a la violencia, que es característica del agustino.



Itinerario de Rada

Luarca tampoco es muy explícito, pero demuestra estar bien informado del proyecto.

Queda en pie una interesante cuestión: ¿escribió Rada otras relaciones de su viaje? Parece probable, porque el hermano de fray Martín envió a fray Jerónimo Román

⁵⁵ F.D. 15.

⁵⁶ Lewis Hanke, "La lucha española por la justicia...", página 245.

“lo que le había sucedido en la jornada de la China, y otros papeles de mucha curiosidad”⁵⁷.

Pero también pudiera tratarse de escritos científicos, campo en el que Rada destacó notablemente.

La prisa, la febril impaciencia, se dejan ver en todos los documentos. La empresa será fácil si se ejecuta con diligencia, es decir, antes de que los portugueses puedan obstaculizarla, y antes también de que los chinos se percaten de las intenciones españolas. El gobernador, como administrador de las cajas reales, aduce razones económicas además de las políticas, y Lavezaris, ya desposeído del poder, esgrimía las espirituales. Pero el fin es el mismo: hay que conquistar China.

Interviene la corona

El 29 de abril de 1577 Felipe II interviene por primera vez en el problema, contestando a Sande con Cédula fechada en San Martín de la Vega. El monarca, con habilidad consumada, disuade al gobernador:

“En cuanto a conquistar China, que os parece se debía hacer luego, acá ha parecido que por ahora no conviene se trate de ello, sino que se procure con los chinos buena amistad, y que no os hagáis ni acompañéis con los corsarios enemigos de los dichos chinos, ni deis ocasión para que tengan justa causa de indignación con los nuestros; y así lo haréis, e iréisnos avisando del suceso de todo, que adelante, cuando se tenga mejor entendido lo de aquella tierra, si conviene se haga novedad, se os dará orden de la que en ello se hubiere de tener”⁵⁸.

No hay, pues, negativa. El rey tan sólo aconseja paciencia. Y para no defraudar a los españoles de Filipinas, les promete hombres y pertrechos de guerra. Pero ¿acaso no era todo eso lo que Sande solicitaba para la conquista? Diplomática es, también, la regia recomendación de no despertar las sospechas y el recelo de los chinos; en efecto, si la colonia se armaba, pero mantenía bue-

⁵⁷ Manuel Merino, O.S.A., “Semblanzas misioneras...”.

⁵⁸ F.D. 19. Hay que ver en esta actitud de la corona una larga tradición que arranca de la carta de los Reyes Católicos al Gran Khan de la China, de la que era portador Colón. Dicha carta estaba redactada en términos de profundo respeto. Por otra parte, debe observarse que es la primera vez que la Corona interviene en el proyecto, porque en junio de 1575 partía de Sevilla la fracasada embajada española del padre Herrera, en busca de relaciones amistosas con la corte de Pekín. Puede asegurarse, por tanto, que las intenciones pacíficas de Felipe II eran anteriores a las incitaciones bélicas de sus súbditos de las islas Filipinas.

nas relaciones con los chinos, el proyecto podía esperar hasta el momento oportuno.

Una curiosa carta sin firma, del 8 de junio de 1577, presenta a la corte una visión aún más tentadora del proyecto:

“Ya tengo significado que, conquistado, es mayor imperio que el de Alemania, y de mucha riqueza y grandes tributarios, y gente acostumbrada a mudar señor, y casi puedo decir que ellos desean que Vuestra Majestad lo sea suyo pacífico, porque se espantan contándose yo que a mí y a todos los españoles que acá estamos nos manda el Rey nuestro señor dar de comer y qué gastar, y la justicia que se hace, porque en su tierra va todo como infieles e idólatras”⁵⁹.

La atribución de este documento a Sande puede hacerse sin sombra de dudas.

En 1577 aparece en Sevilla el “Discurso de la navegación” de Bernardino de Escalante. En su página 95 v. leemos:

“Así importará mucho... que se enviase una embajada a este gran príncipe, y que en ella fueren personas doctas y religiosos que le diesen a entender la oscuridad en que vive, y le persuadiesen que fuese cristiano y permitiese que se predicase la ley evangélica por todo su reino, que como no le es perjudicial para quitarle su señorío y gobierno, antes favorable, para que sus súbditos le obedezcan mejor, con facilidad se alcanzaría de él. Porque quererlo intentar por conquista será cosa tan excusada y dificultosa como se puede entender por lo que se ha referido de su poder y grandeza”.

Dos puntos conviene señalar en este texto: el primero, que Escalante era contrario a la intervención armada; el segundo, que el proyecto de conquista ya era conocido en España.

El gobernador Sande volvía a insistir el 25 de abril de 1578, en carta escrita desde Borneo, durante la desgraciada expedición que costó la vida a fray Martín de Rada. Encarece la conquista de la Especiería

“porque creo yo que ésto importa más que todos los estados de Flandes, y al seguro más que todas las Indias que Vuestra Majestad tiene, porque hecho ésto luego es conquistada la China y todo este mundo de acá, y si cosa tan grande como ésta y donde se corre tan poco riesgo no se pone en ejecución, bastará que Vuestra Majestad me haga a mí merced de determi-

⁵⁹ F.D. 25. La apreciación de Sande era desorbitada. También a los mandarines del último grado de las más remotas provincias los mantenía el Emperador. Y dado que los sangleyes no tenían una clara idea de la distancia que separaba a Madrid de Manila, no es comprensible el “espanto” que Sande les atribuye.

narme, lo que no osara si no viera claro el negocio, y ahora quizá lo acometiera si Vuestra Majestad no lo tuviera vedado”⁶⁰.

Mucho debía pesar en el ánimo de los españoles el conflicto de los Países Bajos, cuando un vasallo leal se atreve a aludir a la situación, considerando abiertamente que Holanda no valía el río de sangre que costaba a España. Aun así, vemos que Sande ha comprendido la cédula de Felipe II en toda su magnitud política, pues a pesar de la real negativa, insiste en la idea de conquista.

Felipe II estaba muy interesado en los asuntos de China. Había reclamado los papeles de Rada, e incluso su presencia en la corte; pero el agustino, como acabamos de ver, falleció en la jornada de Borneo, y su *Relación de Viaje*, con otros documentos, fueron llevados a Madrid posiblemente por fray Ortega⁶¹.

La idea había traspasado las fronteras. Un oidor de la Audiencia de Guatemala, Diego García de Palacio, eleva un memorial solicitando la conquista del Reino de Taibin en la China, ofreciéndose para ir allá. También, como Sande, propone un plan, y enumera largamente las ventajas que obtendría la corona. Este plan era el siguiente:

“Siendo la majestad del rey Felipe II nuestro señor servida de reducir y atraer a su obediencia y servicio al gran reino de Taibin llamado China, deponiendo del señorío natural al que ahora aquel reino reconoce por tal, convendrá poner en la plaza de Luzón... hasta cuatro mil españoles, sin los que de presente hay en ellas y en las demás sus convecinas. Convendrá, así mismo, para que los dichos hagan el efecto que se puede pretender, y tener toda aquella mar por suya, mandar hacer, además de las cuatro galeras que el doctor Sande tiene hechas⁶², otras dos de a veinticuatro remos por banda, proveyendo dos oficiales y mandadores que entiendan y enseñen su buen uso. Así mismo, será necesario que Su Majestad mande poner en la dicha isla [de Luzón] alguna buena cantidad de bronce para fundir y hacer las cosas necesarias para las dichas seis galeras, y algunas de campaña y batir, y maestros y artilleros que las sepan fundir, hacer y usar de ellas. Así mismo, convendrá proveer de alguna buena cantidad de plomo”⁶³.

⁶⁰ F.D. 31. No es fácil pensar por qué Sande opina de esta manera. Tal vez creía que las Molucas eran el punto clave del Oriente. Al archipiélago acudían los portugueses, los japoneses, y posiblemente los chinos; su dominio suponía la cesión de privilegios por las demás potencias afectadas en sus intereses comerciales. Tal vez Sande opinaba que la defensa, por parte de los demás países, de su comercio, sería una excelente causa de guerra justa.

⁶¹ No es segura la fecha del envío a Madrid de la *Relación* de Rada. Por varias razones, nos inclinamos por 1579.

⁶² Es la única noticia que poseemos de esta construcción. Sande, entusiasmado por la idea, se anticipó al dictamen real.

⁶³ F.D. 28.

Es indudable que las noticias de China se leían con interés en todo el orbe español: la identidad casi absoluta de los planes enunciados por Sande y García de Palacio (recordemos que éste último es oidor en Guatemala), lo demuestra. Por lo demás, García de Palacio pide lo que ya había prometido Felipe II: soldados, navíos, armadores, artilleros y fundidores. Por eso, si la contestación del rey a Sande fue magnánima, la del Consejo de Indias a García de Palacio fue mucho más tajante. Algunos miembros de dicho Consejo habían hallado dificultad

“a causa de saberse que la China tiene mil y cien leguas de largo y en partes quinientas y en otras seiscientas; y de circunferencia casi tres mil; y en ellas trescientas ciudades principales, y más de mil villas cercadas, sin el número de aldeas, que es infinito, y tener el rey de él, de sólo tributarios, sin los hidalgos, soldados y personas privilegiadas, que es el número mayor, cincuenta y nueve millones y setecientos mil vasallos; y de ellos, pagados sus ministros, jueces, oficiales y soldados, veintiocho millones de renta, sin la seda, cebadá, arroz y otras cosas, que es una suma innumerable, y para defensa y amparo de este tan extendido reino casi cinco millones de hombres de guarnición, los cuales usan de arcabuces, picas y coseletes, espadas y rodela, y de las demás armas, máquinas e instrumentos bélicos que se usan en esta Europa”⁶⁴.

El Consejo había dado demasiado crédito a las informaciones de Rada, no muy ciertas en lo que a estadística se refiere. Por otra parte, quería mostrarse bien enterado, porque el brazo tutelar de Felipe II llegaba a los más recónditos rincones de su Imperio. También es verdad que mostraba un criterio realista: el proyecto era, efectivamente, irrealizable.

Por estos años, los comprendidos entre 1577 y 1580, sólo volveremos a hallar tímidas sugerencias en favor de la conquista; pero ahora se trata de una conquista espiritual, sin el apoyo de las armas⁶⁵. Guido de Lavezaris escribía al rey en 27 de julio de 1578:

“En esta jornada [a Borneo] falleció el padre fray Martín de Rada, un religioso de santa vida, persona importantísima en el servicio de Vuestra Majestad, así para la pretensión de la tierra firme de la China como para la demarcación de todas estas islas, de que tenía larga noticia”⁶⁶.

⁶⁴ F.D. 34.

⁶⁵ La corte de Madrid volvió a insistir en la idea de embajada pacífica. Así puede leerse en González de Mendoza, “Historia...”, páginas 144-145.

⁶⁶ F.D. 30.

Y recordando las censuras que años atrás se le habían hecho, añadía en la misma carta que por su solicitud se había descubierto la tierra de China y se sabía de su grandeza.

Al comenzar la penúltima decena del siglo, el gobernador Ronquillo remitía una interesante lista de artículos procedentes de China, con sus precios en Manila, y expresaba su confianza en una rápida conversión,

“porque no tienen aquella gente los ídolos, ritos y ceremonias que en otras partes se han hallado”⁶⁷.

Más tarde, ganado ya para la causa del proyecto, exclama con entusiasmo que el Imperio

“es, sin duda, la cosa mayor del mundo, de más gente y riqueza”⁶⁸.

En 1579 había tenido lugar la más noble y heroica expedición emprendida hasta entonces por los españoles de Filipinas. Formaban parte de la misma los franciscanos Alfaro y Tordesillas, Pesaró, Baeza, y el soldado Díaz Pardo. Se trata de la primera intervención movida sólo por razones espirituales, —conversión de las almas—, y, por tanto, llamada al fracaso.

Según propia confesión, los de Macao

“feri enim poterat, dicebant, ut essent exploratores ab Hispanis Philippinarum missi”⁶⁹.

¿Se trata de una censura? Hay que pensar que el proyecto de conquista ya había transcendido lo suficiente como para que fuera *vox populi* entre los lusitanos de Macao. Debemos admitir, sin embargo, que por lo que toca a esta oportunidad, (la entrada de Alfaro y sus compañeros en China) los portugueses estaban equivocados, pues nada estaba más lejos de su intención que el efectuar espionaje. Por otra parte, habían salido de Manila sin autorización del Gobernador, y mal podían haber recibido órdenes suyas...

En su *Relación de viaje*, Alfaro defiende a sus compañeros:

“Ningún otro interés pretendían sino el mismo que yo y mis frailes pretendíamos, que era trabajos y fatigas, y la muerte por la confesión de la fé de Nuestro Señor Jesucristo. Mas ya que ésto no hubo lugar, ni se pudo descubrir modo ni manera para quedar y morir aquí todos en esta demanda, gloria a la divinísima majestad, todo lo que se pudo hacer de nues-

⁶⁷ F.D. 39.

⁶⁸ F.D. 41.

⁶⁹ Sinica Franciscana, tomo II, introductio, pág. XXXIII.

tra parte se hizo; mas el Señor, cuyos juicios son muy justos y ocultos, no fue servido que ni aún ahora se abra esta puerta. El cuándo, El lo sabe”⁷⁰.

Y prosigue:

“Al presente, restan dos cosas que tratar con vuestra señoría: la una es darle cuenta de mi quedada acá, que por muchas cosas convino así; y la primera será por no desanimar a todos los religiosos de España y Nueva España, que todos están con el ojo muy abierto para acudir a esta conversión, cuando sepan que ya vinieron y quedan acá algunos de nosotros y que será este negocio posible hoy más que mañana abrirse la puerta de rondón y hacerse la obra tan deseada, y estar aquí tan junto y tan a mano que cada día podemos dar aviso de lo que pasa, y probar una vez, y otra dar un toque, y picar en esta piedra tan dura hasta morir, que al cabo y fin, aunque cueste trabajo, se ha de abrir camino... Item, por haber dado por esta parte y encontrándonos con los portugueses, ordenándolo así Nuestro Señor, convenía mucho en gran manera, por lo que toca a la paz y concordia de todos, quedásemos aquí a desengañarlos de una falsa persuasión y tentación en que los puso el demonio, haciéndoles creer que éramos espías y que no éramos religiosos ni veníamos a predicar el Santo Evangelio, y otras cosas a este tono que son también largas de decir... Lo segundo es advertir a vuestra señoría de lo que no habría que hablar ni tratar de ello, pero no puedo dejar de tocarlo con brevedad, y es que vuestra señoría advierta que de nuestra venida a China no sólo no ha venido ni puede venir a nadie, desde el Rey abajo, ningún mal ni agravio, ni alguna ofensa a Dios nuestro Señor ni al Rey, ni menos a vuestra señoría, mas antes muy gran servicio a la Divina Majestad, y servicio del Rey y de toda la república cristiana; pues siendo la obra en sí tal, grandísimo bien es desengañar a todos, y en particular a los que este negocio toca. Y si por este negocio se debe, como dicen, mal galardón, vuestra señoría lo vea”⁷¹.

En carta a fray Juan de Ayora, el mismo Alfaro escribía:

“No entiendo ni puedo creer que por vía humana, ni por bien ni por mal, en esta tierra se pueda entrar a predicar la ley evangélica, por su mucha vigilancia”⁷².

De las citas anteriores se desprende que Alfaro era absolutamente contrario a la intervención armada, a la que define eufe-

⁷⁰ Sinica Franciscana, tomo II, página 166.

⁷¹ Sinica Franciscana, tomo II, páginas 166-167.

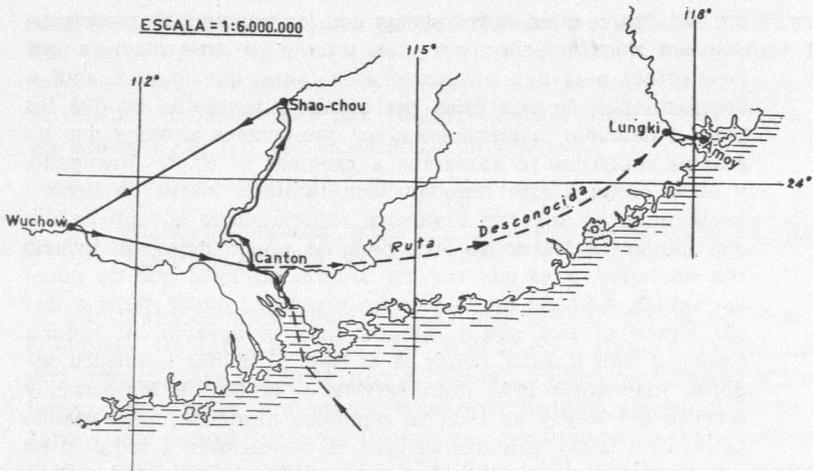
⁷² Sinica Franciscana, tomo II, página 177.

misticamente como *via humana*. Abundando en la misma idea, añadía:

“Me parece que conforme a esto y a lo que común voz y fama de todos es, no es tierra para poder vivir nosotros”⁷³.

Tordesillas, compañero de Alfaro en la expedición, habla también de China:

“Era tan grande el deseo que tenían nuestros ánimos de ir al reino de China a predicar el santo evangelio, que no nos desvelábamos en otra cosa, y así lo trató muchas veces el custodio con el gobernador Francisco de Sande, importunándole para que diese orden para que fuesen algunos religiosos a la China en los navíos que aquel año habían venido a esta ciudad... Y viendo que por su parte no se nos daba por entonces esperanza...”⁷⁴.



Itinerario de Alfaro

¿Es que Sande era contrario a la evangelización pacífica? Hay muchas razones para creerlo así. Los religiosos de esta expedición hubieron de escribirle desde China, suplicando con humildad su perdón, que, —como hemos visto—, les fue concedido.

Tordesillas proseguía:

“Estas cosas incitaban más a nuestro hermano custodio a que todavía importunase al gobernador a que diese alguna orden para que fuesen algunos frailes a la China. Mas él siem-

⁷³ Sinica Franciscana, tomo II, página 181.

⁷⁴ Sinica Franciscana, tomo II, páginas 103-104.

pre procuraba desviarle de aquel propósito diciendo que era muy temprano, porque había muy poca amistad con los chinos, y que ya los padres agustinos habían intentado ir de aquella manera y no habían podido, antes los habían dejado en una isla”⁷⁵.

El argumento de Sande era tendencioso. Aludir al abandono en una isla (del cual, como sabemos, el único culpable era el propio gobernador) era ignorar los frutos escasos pero no desdeñables de la primera expedición. Posiblemente se trataba de menospreciar los logros de una embajada iniciada bajo los auspicios de Lavezaris, al que en años anteriores se había atacado duramente. Pero de todas maneras, Sande utilizaba argumentos diferentes según las circunstancias: a los franciscanos les alega el fracaso de la expedición de Rada, y ante la corona expone la sumisión a las órdenes de Felipe II.

En carta a Alfaro, el 17 de mayo de 1580, Sande volvía a expresar disimuladamente tanto sus anhelos de conquista como su animadversión a los portugueses:

“De los chinos se sabe lo mal que tratan a los señores portugueses y los trabajos que pasan, de que tengo mucha pena. Cuando Dios fuere servido que llegue la hora, será el día... Si esos señores portugueses supiesen las instrucciones que tenemos de su majestad, no se temieran de nosotros, aunque en estar ahí sin licencia de su majestad hacen contra la bula de Alejandro VI. Su majestad, como cristianísimo, ordenará lo que conviene, y sería buena suerte que fuese servido de tomar a su cargo los negocios de China, para proveer lo que conviene”⁷⁶.

Otro era el parecer de los portugueses. Como ya sabemos, Alfaro y Tordesillas se vieron en graves dificultades durante su estancia en China. El intérprete les pidió, como pago de sus servicios, uno de los cálices de oro que los religiosos llevaban en su equipaje, exigiéndoles más tarde que recabasen ayuda de los portugueses de Macao. El obispo de esta ciudad, Melchor Carneiro, escribía a los franciscanos el 3 de julio:

“Pues afirman venir con la bendición de Su Santidad, mi obligación es ver sus letras según la obligación del concilio

⁷⁵ Sinica Franciscana, tomo II, página 105. En nota: “Franciscus de Sande missionariorum ad sinas expeditionibus valde adversarius erat”. En carta al Rey (Archivo General de Indias, Filipinas 6), dice: “Luego que aquí llegaron los franciscanos pretendieron pasar a China, y yo los entretuve, diciendo esperaba mandado de Vuestra Majestad”. Sande quiere decir que esperaba orden de invasión y que por tanto no convenía enviar religiosos, que no harían sino enconar las relaciones con los chinos, al entrar en el Imperio sin permiso.

⁷⁶ Sinica Franciscana, tomo II, página 169, nota 1.

tridentino. Pues el sumo pontífice me ha enviado a estas partes con todos los poderes que me daba para Etiopía y por prelado de la China y Japón, vuestras reverencias, si siguen el camino universal de la santa iglesia romana, son obligados a obedecer en ésto. Nuestro Señor les dé a sentir lo mejor. Si Dios milagrosamente no mueve el corazón de esos grandes para que les dejen entrar por la tierra adentro a predicar el santo evangelio, creo que los enviarán a este puerto, donde les estoy esperando con la caridad cristiana. Vuestras reverencias se declaren conmigo, y no teman las diferencias que hay entre castellanos y portugueses”⁷⁷.

De estas diferencias se quejaban amargamente los frailes:

“porque en sabiendo los cristianos de Macao de nuestra llegada, entendieron que no éramos verdaderos frailes, sino espías de los castellanos que están en Luzón, y que detrás venía alguna armada para tomar alguna ciudad de las de China y estorbarles sus mercaderías”⁷⁸.

¿Acaso no estaba justificado el recelo de los portugueses? Los españoles de Manila no se recataron en ningún momento de exponer sus anhelos de conquista, que ciertamente iban contra los intereses lusitanos, quienes habían conseguido a costa de inmenso sacrificios lo que ningún país de Europa logró antes del siglo XIX: el asentamiento permanente en suelo chino.

Interesa mucho la opinión de Alessandro Valignano, visitador de la compañía de Jesús, sobre el proyecto de conquista. Desde Macao escribía el 14 de diciembre de 1582:

“Espero hacer todo esto con su Majestad de presencia, y holgara mucho que fuese antes que su Majestad se resolviera de intentar esta conquista, porque como yo he oído hablar a muchos acerca de ella, y dar muchas trazas que sin duda no aciertan, temo que por falta de verdadera información no siga su Majestad alguna que con el tiempo le salga en mucho daño”⁷⁹.

Señalemos cuáles fueron, hasta este momento, y según Alonso Sánchez, las entradas de españoles en China. El texto merece ser copiado por la relación que puede tener con las tesis de Salazar expuestas en el capítulo 5.º:

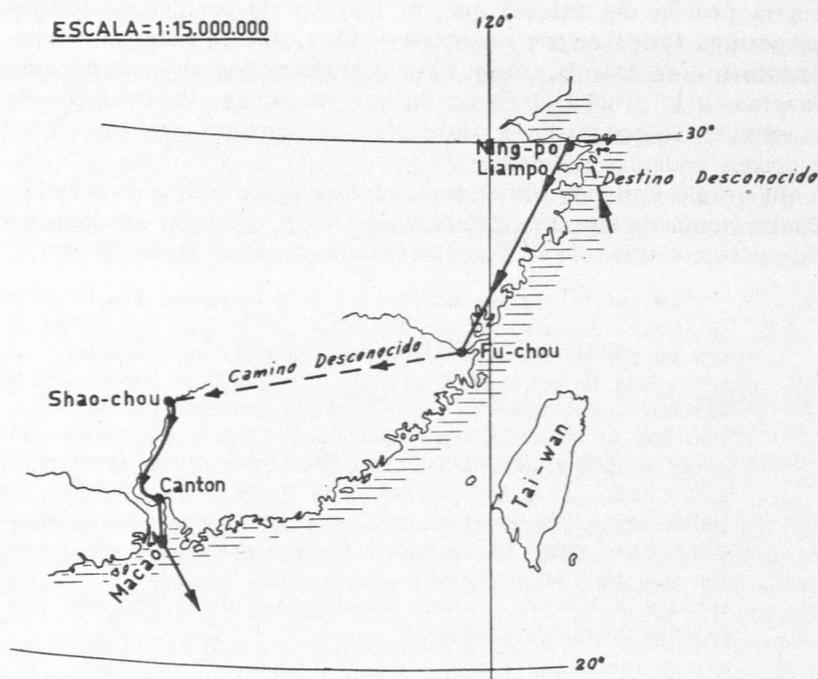
“También por la parte de las Filipinas se han hecho hartas diligencias para esta entrada, y aunque los seculares y soldados nunca se han hallado con brazo ni poder para entrar a

⁷⁷ Sinica Franciscana, tomo II, página 127, nota 1.

⁷⁸ Sinica Franciscana, tomo II, página 176.

⁷⁹ F.D. 42.

nuestro modo, pacificando y allanando, pero los religiosos lo han intentado muchas veces, y nunca han podido hacer pie en la China. La primera vez fueron los padres agustinos y entraron por Chíncheo con ocasión de aquel corsario llamado Limahon que saqueó Manila... mas no hicieron más los mandarines que darles las gracias por lo que los castellanos habían hecho contra el ladrón, y repartiendo a los frailes y a los soldados sus compañeros algunas piezas de seda y lienzo y cosillas, les echaron fuera. La segunda vez, en tiempo del gobernador Francisco de Sande, se fueron de secreto los frailes descalzos y un chino que les guió y metió de noche en el río de Cantón, donde gastaron los cálices y ornamentos en la comida que les traía a la fragata un chino que había sido cristiano y



Primer viaje de Sánchez

después fue también nuestra lengua, y al cabo de este tiempo, sin dejarlos entrar en la ciudad, a uno de ellos echaron y otros se volvieron a Manila. La tercera vez se fueron sin licencia en una fragata y con otros soldados, un fulano Arias, que era caudillo, y los cogieron y tuvieron en la cárcel de Cantón cerca de un año, con unas esposas de unos grandes zoquetes de madera a las muñecas, y con mucha hambre y trabajo, y después

de harto trabajo los portugueses de Macan los abonaron y fiaron y llevaron consigo”⁸⁰.

Tres son, principalmente, los puntos que interesan del texto: en primer lugar, la afirmación de Sánchez de que hasta el momento faltaba a los seglares y soldados el permiso de la corona para intervenir en los asuntos de China, sólo reservado a los religiosos. Esto era un reconocimiento de la postura de la corte. Además es preciso señalar la excelente información de Sánchez acerca de las *entradas* en China. Por último hay que hacer constar que ésta es la única información que poseemos acerca de la llegada al Imperio del caudillo Arias, del que el mismo Sánchez ignoraba el nombre. Debíó de tener lugar entre 1579 y 1582, y es buena prueba del interés que, al margen de los cauces legales, despertaba China en los aventureros. De China se hablaba apasionadamente en Manila, aunque las informaciones no siempre eran exactas; y lo prueba el hecho de que un puñado de hombres sin escrúpulos se acercasen a las costas del Imperio con unos fines que bien podemos adivinar.

El propio Sánchez fue el protagonista de la cuarta expedición. Conservamos de ella una *Relación de viaje*⁸¹, pero por el momento expondremos tan sólo lo que dice en sus *Apuntamientos breves*:

“La cuarta vez me envió a mí el gobernador don Gonzalo Ronquillo, porque supo en las islas que el rey don Felipe II era ya rey de Portugal y que don Antonio no aparecía, y se temió allá no acudiese a la India, y como lo de Macan era lo más cercano a nosotros y que tanto importaba *para los desig-nios que su majestad podía tener a la China*, se procuró asegurar aquella ciudad de portugueses... Pero por lo que tocaba a la China, por donde por fuerza se había de pasar dando en las armadas o en la costa, yo llevaba carta y son de embajador para el virrey de Cantón, y aunque entramos y nos llevaron por algunas ciudades la tierra adentro⁸², pero al fin nos echaron a Macan, y nunca tuve ocasión de hablar una sola palabra de nuestra santa fé”.

Huelva.

CARLOS LUIS DE LA VEGA Y DE LUQUE

(Continuará)

⁸⁰ Alonso Sánchez, “Apuntamientos breves...”; no es cierto que los padres descalzos no pudieran ver Cantón.

⁸¹ F.D. 55.

⁸² Componían la expedición 22 personas (entre ellos Sánchez, el hermano Gallardo y fray Juan Pobre). Visitaron Uto, Liambo, Ucheo, Xaoquin (donde durante varios años residió Ricci), y Cantón.